

hecha
para
querer

AVISO DE CONTENIDO

Esta novela contiene referencias a autolesiones, salud mental, ansiedad, duelo, chantaje, manipulación, amenazas, dependencia emocional, conflictos familiares, discusiones de pareja, autosabotaje y lenguaje malsonante.

Algunos de estos temas pueden resultar sensibles para ciertos lectores. Se recomienda leer con precaución.

*Para quienes creyeron que tenían que ser fuertes todo el tiempo,
para quienes amaron con todo el corazón sin sentirse elegidos,
y para todos aquellos que aprendieron a sobrevivir antes de aprender a vivir*

RUIDO

☆ Vega ☆

El baño está cerrado, pero eso no significa que haya silencio. Nunca hay silencio en esta casa.

Desde el pasillo ya se escucha a mi madre antes incluso de que pueda concentrarme en otra cosa. Su voz atraviesa la casa llamando a mi hermano pequeño con ese tono suyo que mezcla prisa, cansancio y desesperación.

Me la imagino en la cocina, con el pelo castaño recogido en un moño mal hecho, las ojeras de no dormir por Theo y la camiseta de dormir vieja que usa para estar por casa. Tenemos la misma cara, o eso dice la gente, pero la suya está más cansada.

—¡Lucas, por favor, te he dicho que lo tienes encima de la mesa!

—¡Que no está, mamá, que lo he mirado! —responde él desde la cocina, más alto de lo necesario, como si eso fuera a solucionar algo.

—Sí está, Lucas, está justo donde siempre —dice mi madre—. Al lado de la cafetera.

—¡Pues no lo veo! —replica Lucas, cada vez más nervioso.

Mi madre suelta un suspiro fuerte, de esos que parecen decir *“no puedo más antes de empezar el día”*.

—Es que no puede ser tan difícil...

Me quedo en el baño con la puerta cerrada, sintiendo cómo el ruido me llena la cabeza sin pedir permiso. Cierro los ojos un segundo e intento respirar hondo, pero el aire no ayuda mucho cuando parece que la casa entera está gritando.

La realidad es que siempre ha sido así. Siempre hay ese ruido constante. Y ya no solo por el hecho de ser una familia numerosa, sino por el hecho de que parece que nunca nos entendemos.

Supongo que desde fuera todo parece bastante normal. Una familia más, de las de siempre. Padres que trabajan, hijos que van al colegio, cenas juntos cuando se puede. No hay nada que, visto desde lejos, llame especialmente la atención. Y, sin embargo, por dentro... es otra historia. Aquí todo se siente más intenso, más desordenado, como si cada uno estuviera en una frecuencia distinta y nadie terminara de sintonizar con el resto.

Soy la mayor. Eso, en teoría, tampoco debería significar tanto. Pero aquí sí. Aquí significa estar pendiente de todo, saber dónde está cada uno, adelantarse a lo que puede pasar antes de que pase. Significa que si falta algo, lo soluciono yo. Que si alguien se enfada, intento que no vaya a más. Que si hay silencio... dura poco. Siempre hay algo que recoger, algo que hacer, alguien a quien ayudar. Y al final te acostumbras. Te acostumbras tanto que casi ni te das cuenta de que nunca paras.

Mis padres no son malos.

No lo son.

Sé que nos quieren, que hacen lo que pueden, que todo viene de ahí. Pero querer no siempre es suficiente. A veces ese *“hacer lo que pueden”* se traduce en órdenes rápidas, en prisas, en *“haz esto”*, *“ve a por tu hermano”*, *“no salgas hoy”*, *“ya hablaremos luego”*. Y ese luego casi nunca llega. Porque siempre hay algo más urgente, algo más importante, algo que hacer antes de sentarse a escuchar de verdad.

Mis hermanos... bueno. Cada uno va a lo suyo. Hay días en los que parece que somos un equipo y otros en los que es como si viviéramos en casas distintas compartiendo paredes. Discuten, gritan, se enfadan por cosas pequeñas que se vuelven enormes en segundos. Y yo estoy ahí en medio muchas veces, sin saber muy bien si meterme o hacer como que no pasa nada. Porque a veces, aunque quieras arreglarlo, no depende de ti.

Y luego estoy yo. Que en teoría lo tengo todo bastante controlado. Buenas notas, pocas quejas, ningún problema “serio”. La hija fácil. La que no da guerra. La que cumple.

Es curioso, porque eso debería ser algo bueno. Y lo es... supongo. Pero también significa que nadie se para demasiado a preguntar si todo está bien. Porque como no hago ruido, como no exploto, como no doy problemas visibles... parece que no los tengo.

Apoyo la espalda contra la pared y dejo que el frío de los azulejos se filtre un poco a través de la camiseta arrugada del pijama. Afuera siguen las voces, más altas, más cortantes. Podría salir. Podría ayudar a Lucas a buscar lo que sea que haya perdido. Podría ir a ver qué tal van Ethan o Noah. Si necesitan ayuda.

Pero hoy no.

Hoy me quedo aquí un poco más.

Aunque sea solo para tener un momento en el que el ruido no sea lo único que se escuche.

Respirando hondo me muevo casi de manera automática hasta el váter donde tengo los auriculares. Me los pongo tan rápido como puedo, como si fuera cuestión de vida o muerte. Luego cojo el móvil mientras fuera la discusión sigue.

—¡De verdad, buscad bien! —se oye aún, más lejano ahora.

Entro a mi playlist de favoritos y pongo la primera canción que encuentro, “*Shut Up and Dance*” de Walk the Moon. Subo el volumen al máximo. Y entonces el mundo cambia.

La voz de mi madre se apaga poco a poco, como si alguien cerrara una puerta entre nosotros. Una puerta de hierro. Lucas desaparece. Todo sigue pasando fuera, pero ya no llega a mí.

Solo queda la música.

Y por primera vez en toda la mañana, siento que puedo respirar sin que me pese el pecho.

Respiro hondo.

Esta vez de verdad.

Me quedo frente al espejo sin moverme. Aún no me he puesto el uniforme, que está doblado con cuidado sobre la tapa del váter, esperando. La falda rojo carbón, corta, cae perfectamente alineada; la camisa blanca, limpia, sin una sola arruga; la americana del mismo tono que la falda, con los dos bolsillos a cada lado y

el logo de St. Elian's High School bordado en la parte izquierda, justo arriba, como recordatorio constante de dónde se supone que encajo. A un lado, los calcetines negros, altos casi hasta las rodillas, y los mocasines del mismo color, colocados uno al lado del otro como si también supieran exactamente cuál es su sitio.

Lo miro un segundo largo.

"Primer día de bachillerato"

No sé por qué esa frase pesa tanto.

Me quito el pijama despacio, sin prisa pero sin calma, como si mi cuerpo supiera exactamente lo que tiene que hacer aunque mi cabeza esté en otro sitio. Dejo caer la parte de abajo y me pongo la falda con el *culote* negro y los calcetines, moviéndome casi en automático, sin pensar demasiado en cada gesto, como si fuera algo que ya he hecho demasiadas veces como para necesitar atención.

Cuando me quito la camiseta del pijama azul me quedo un momento quieta frente al espejo sin saber muy bien por qué no sigo directamente con lo siguiente.

Mido bastante más de lo que a veces me gustaría. Metro setenta y tres. Lo suficiente para notar siempre mis piernas antes que cualquier otra cosa. Mis cadera también. Nunca he sido delgada, ni de lejos, y la verdad es que mi cuerpo no me acaba de gustar demasiado casi ningún día. La barriga está ahí, normal, y el pecho... bueno, existe, pero poco.

El pelo me cae por los hombros medio ondulado, medio rizado, medio liso dependiendo de cuánto le apetezca fastidiarme la vida. Por eso me lo aliso siempre antes de ir al instituto. Porque si no parece que ni mi pelo tiene claro qué quiere ser.

Entonces, casi sin previo aviso, mi mirada baja directa hacia la gasa blanca de mi brazo.

Siento cómo la respiración cambia sin que yo lo decida, un poco más corta, más incómoda, como si algo dentro de mí se tensara sin permiso. Aparto la mirada casi de inmediato, como si eso ayudara a que desaparezca lo que acabo de ver, pero no lo hace, sigue ahí incluso cuando ya no lo estoy mirando.

Trago saliva y me obligo a moverme. Abro el armario que hay debajo del lavamanos y saco el botiquín. Lo abro sin hacer ruido, con una especie de automatismo que no pienso, solo sigo. Mis manos encuentran lo que buscan sin que tenga que pensar demasiado, como si ya conocieran el camino.

Me quedo un segundo quieta, con el botiquín abierto, sin terminar de decidir del todo, aunque en realidad ya he decidido antes de abrirlo. Es solo esa pequeña

pausa inútil que siempre aparece antes de empezar. Vuelvo a mirarme al espejo de reojo, lo justo para no ignorarlo del todo, y noto otra vez esa respiración irregular, más superficial, como si algo dentro de mí no encajara bien.

Intento no pensar demasiado, o al menos eso me digo, pero es inútil. Al final siempre termino volviendo a lo mismo, así que dejo de luchar un poco y me centro en lo único que puedo controlar: hacerlo rápido y sin darle vueltas.

Abro el botiquín con cuidado y saco lo que necesito casi sin mirar, moviéndome por pura costumbre. Aún así, antes de empezar, levanto un poco el brazo y lo miro, obligándome a no apartar la vista esta vez. La piel está marcada justo donde siempre, más sensible de lo que recordaba, como si el simple hecho de fijarme en ello lo hiciera más real.

“Está mejor que ayer...”

“Mentira está igual”

“O peor”

Intentando apartar los pensamientos de mi mente, abro el grifo y espero a que se ponga tibia el agua. Al cabo de pocos segundos empiezo a limpiar la herida, y tengo que tensar ligeramente la mandíbula para no reaccionar más de la cuenta.

No es un dolor fuerte, es más bien incómodo, constante, lo suficiente como para no poder ignorarlo del todo. Mi respiración se vuelve irregular sin que consiga controlarla del todo, así que me concentro en terminar, en no pensar más allá de lo necesario.

Voy con cuidado asegurándome de que quede bien, de que no empeore, de que al menos no se note desde fuera.

Cuando termino de limpiarla, cojo el bote de clorhexidina y con cuidado lo echo por encima para desinfectar la herida. Cojo un parche grande y lo coloco con cuidado, cubriéndola por completo, presionando lo justo para que quede bien fijado. Me quedo un segundo más de lo necesario con la mano ahí, como comprobando que realmente está oculto, que ya no se ve.

Entonces sí, cierro el botiquín despacio y me apoyo un momento en el lavabo, mirando hacia abajo en vez de enfrentarme otra vez al espejo, como si el suelo fuera más fácil de sostener que mi propio reflejo.

Tres canciones más tarde cojo la camisa blanca y me la pongo despacio, ajustándola bien, como si al hacerlo pudiera ordenar también lo que tengo dentro, aunque sé que no funciona así. Después me pongo la americana, asegurándome de

que no quede nada visible, como si eso pudiera hacer que el resto del mundo no sospechara nada.

Me miro una última vez en el espejo, esta vez sin buscar demasiado.

Y ya está.

Bajo la mirada rápido, como si quedarme demasiado tiempo mirándome fuera a empeorar algo, y abro el neceser apoyado sobre el lavabo. Todo está donde siempre: corrector, base, polvos, rímel... cosas simples, rutina, algo a lo que agarrarme para parecer normal aunque no lo esté.

Empiezo por el corrector, extendiéndolo con cuidado bajo los ojos, difuminándolo hasta que las ojeras se suavizan lo suficiente como para no llamar demasiado la atención. Nunca desaparecen del todo. Tampoco espero milagros.

Mi piel es tan pálida que casi parece transparente algunos días, y el contraste con el pelo oscuro hace que el cansancio se note todavía más. Las cejas, al menos, ya las tengo marcadas de por sí, así que nunca hago demasiado con ellas.

Luego cojo la base y, antes de aplicarla en la cara, me agacho un poco para mirarme la parte superior de la pierna. El morado sigue ahí, más visible de lo que me gustaría. Dudo un segundo.

Puedo decir que ha sido por culpa de los juguetes de Theo. O que me caí por las escaleras.

“no se lo va a creer nadie”

“es demasiado preciso, demasiado redondo”

Al final hago lo de siempre: cubro también eso, con movimientos suaves, insistiendo lo justo hasta que deja de notarse tanto.

Después vuelvo a la cara, extendiendo la base con calma, como si ese gesto pudiera ordenar algo más que mi piel. Cuando termino, cojo los polvos y los aplico encima, sellando todo, fijando cada capa como si así pudiera mantenerlo todo en su sitio, como si nada fuera a moverse.

El colorete viene después, un toque ligero en las mejillas para dar algo de vida donde en realidad no la hay tanto. Me miro un segundo más, comprobando que el resultado encaja, que es suficiente, que pasa por normal.

Me centro en mis ojos, marrones, sin más misterio. En realidad nunca me han gustado demasiado. Al contrario de Theo, que heredó los ojos de mi madre: azul clarísimo, de esos que la gente recuerda enseguida. Los míos son iguales que los de mi padre. Marrones y ya. Mi madre siempre insiste en que son bonitos, que el

marrón tiene más melanina y no sé qué historias más, pero sinceramente creo que lo dice para hacerme sentir mejor.

Cojo el rímel, aunque ni siquiera me hace falta. Mis pestañas ya son largas y gruesas de por sí. Probablemente es lo único de mi cara que realmente me gusta. Aun así, lo hago igual. Porque hacerlo forma parte del proceso. Como si cada capa ayudara a mantenerlo todo en su sitio, como si nada fuera a moverse.

Empiezo despacio, con cuidado, concentrándome en no marcharme, en hacer algo tan automático que no debería tener ningún tipo de carga.

Todo va bien, más o menos, hasta que no.

En algún punto, sin aviso, la vista se me nubla.

Parpadeo, pero es peor, porque eso hace que una lágrima traicionera caiga por mi mejilla. Rápida pero silenciosa, como si no tuviera derecho a estar ahí.

—Joder... —murmuro casi sin voz.

Aparto el rímel de golpe y cojo un algodón, limpiándola rápido antes de que estropee todo lo demás. Los dedos me tiemblan un poco más de lo que deberían, y tengo que repetir el gesto un par de veces para dejarlo bien.

No sé muy bien por qué ha salido.

O sí.

Primer día.

Siempre pasa algo con los primeros días.

Respiro hondo, intentando estabilizarme, como si pudiera volver atrás unos segundos y evitarlo.

Una vez.

Otra.

Sigo.

Termino con el rímel, esta vez más rápido, sin pensar demasiado, y me paso una mano por el pelo, dejándolo suelto tal y como está.

Vuelvo a mirarme.

Todo parece estar en su sitio.

Todo parece normal.

Todo lo que se supone que tiene que ser.

La música suena demasiado alta en mis oídos, lo suficiente como para que todo lo demás desaparezca, así que al principio no me doy cuenta. Estoy terminando de recoger las cosas cuando noto algo, un sonido apagado, como un

golpe que no termino de identificar. No le doy importancia. Podría ser cualquier cosa.

Pero entonces veo que la manilla de la puerta sube y baja rápido.

Una y otra vez sin parar.

Frunzo el ceño y me quito un auricular, luego el otro.

—¿Qué? —digo más alto de lo normal, casi gritando sin darme cuenta.

—¡Vega! —la voz de Noah suena al otro lado, nerviosa—. ¿Te queda mucho?

Miro la puerta un segundo, todavía con la respiración un poco descolocada.

—Ya voy —respondo, pero sin moverme aún.

—¡Llevas mil horas! —protesta él—. ¡Tengo que entrar!

Aprieto la mandíbula sin querer.

Genial.

Miro mi reflejo otra vez en el espejo, como si necesitara un segundo más antes de salir ahí fuera, antes de volver al ruido, a todo.

Y entonces me viene ese pensamiento de golpe.

Odio ser la hermana mayor.

Lo odio de verdad.

Entre Ethan, que intenta hacer de adulto cuando no le toca, metiéndose en discusiones que no son suyas como si así pudiera arreglar algo.

Noah, que no para quieto ni un segundo, que vive en su propio caos constante y siempre necesita algo en el peor momento.

Y Lucas... Digamos que aún se está adaptando a no ser el centro de atención de mamá. Ya que ahora su centro, su mundo, y su hijo máspreciado es Theo, que tiene apenas un año y que, sin hacer nada, lo cambia todo. Porque desde que está él, mi madre ya no está para nada más. Todo gira a su alrededor. Todo pasa por él. Y lo entiendo, de verdad que lo entiendo... pero eso no hace que pese menos. Porque alguien tiene que encargarse del resto. Y ese alguien siempre acabo siendo yo.

Por un segundo daría lo que fuera por ser como ellos. Por no tener que estar pendiente de todo, por no ser la que siempre tiene que estar bien, la que resuelve, la que llega. Por ser la que simplemente... está.

Por tener a alguien que esté ahí para mí de la misma forma que yo estoy para ellos.

—¡VEGA! —grita Noah otra vez, sacándome de golpe de mis pensamientos—. ¡Me estoy cagando, no puedo aguantar!

Cierro los ojos un segundo, respiro hondo y vuelvo a la realidad.

—¡Un momento! —respondo, elevando la voz mientras acabo de guardar las cosas en el neceser, sin el mismo cuidado de antes.

—¡Rápido, por favor!

—¡Que ya voy, joder!

Termino de recoger lo último, echo un último vistazo rápido al espejo sin detenerme demasiado y voy hacia la puerta.

La abro.

Y ahí está Noah.

Lleva el uniforme de St. Elian's High School, con la camisa blanca metido a medias dentro de los pantalones negros y la americana roja un poco torcida, igual que la mía pero en versión más pequeña. Tiene el pelo del mismo marrón que el mío, pero a diferencia de que él lo lleva despeinado, como si no hubiera intentado arreglárselo en absoluto.

Solo tiene doce años, pero es casi tan alto como yo.

Me mira.

Y sonrío.

Le salen esos hoyuelos que siempre he pensado que me gustaría tener.

—Hola —dice, como si no estuviera literalmente a punto de morir.

No me da tiempo a responder.

Me empuja suavemente hacia un lado para pasar, entrando rápido en el baño.

—Me estoy cagando encima, te lo juro —repito mientras pasa.

—Podrías haber ido al otro baño —le digo, girándome hacia él.

—¡Está Ethan!

—Pues aquí estaba yo.

—Ya, pero yo lo necesito más —responde sin pensarlo.

Y antes de que pueda decir nada más, me cierra la puerta en la cara.

Me quedo un segundo en el pasillo, mirando la puerta blanca cerrada.

Respiro hondo.

Uno.

Dos.

Tres.

“Cuenta hasta diez”, me digo a mí misma.

Porque como no lo haga...

De verdad que mato a este niño.

MAR Y CASA

⚓ *Leo* ⚓

El agua está fría cuando me meto, pero no me importa. Hace tiempo que dejó de importarme. Es más el golpe del primer segundo que otra cosa, ese momento en el que el cuerpo se tensa y luego, poco a poco, se acostumbra, como si siempre hubiera sido así.

En cuanto me subo a la tabla y me alejo de la orilla, todo cambia.

El ruido desaparece.

No del todo, pero lo suficiente.

Ya no hay coches, ni voces, ni nada que tenga que ver con la ciudad. Solo el sonido del agua moviéndose, constante, repitiéndose, como si todo funcionara bajo una misma regla sencilla.

Remo un poco más mar adentro, sin prisa, hasta quedarme en ese punto en el que ya no estoy cerca de la orilla, pero tampoco lo bastante lejos como para perderla de vista. Lo justo.

Siempre lo justo.

Me siento sobre la tabla y dejo las piernas dentro del agua, balanceándome suavemente con las olas.

Aquí todo es más fácil.

O al menos lo parece.

Me paso una mano por el pelo mojado, echándolo hacia atrás, y miro hacia el horizonte sin fijarme en nada concreto. Solo estoy aquí, dejando que el tiempo pase sin tener que hacer nada más.

Ojalá pudiera quedarme así todo el día.

Sin tener que salir.

Sin tener que volver a nada.

El instituto aparece en mi cabeza sin avisar. Primer día. Otra vez lo mismo de siempre. Los mismos pasillos, la misma gente, las mismas conversaciones que no llevan a ningún sitio.

Hace meses que no veo a los chicos. No como antes. Este verano ha sido distinto. Entre el campeonato de surf, los días de entreno y todo lo demás, casi no he estado aquí el tiempo suficiente como para quedar con ellos como siempre. Algún mensaje, algún plan suelto, pero nada más.

A Jake, Thomas y a mí nos pusieron juntos en la misma clase en primero de la ESO. Una pérdida absoluta de tiempo para cualquier profesor que intentara mantener el orden, pero probablemente el mejor trío que ha pisado este instituto jamás. Jake siempre ha sido el gracioso. El que habla demasiado, el que convierte cualquier situación en algo ridículo y el que de alguna manera consigue caerle bien incluso a la gente que quiere matarlo. Thomas... bueno. Thomas es Thomas. Un día aparece con una chica morena y al día siguiente con una rubia, como si el compromiso le produjera alergia. Y luego estoy yo.

Jake y Thomas dicen que soy *“el famoso”*. El surfero. El que enamora a las chicas sin enterarse. Yo sinceramente creo que exageran muchísimo. Siempre me he visto más como el que saca buenas notas y llega a tiempo a los exámenes aunque haya estado toda la mañana en el agua.

Ryan llegó después. En tercero de la Eso, cuando repitió curso y terminó en nuestra clase. Técnicamente empezó a juntarse con nosotros porque Thomas le rompió accidentalmente las gafas jugando al fútbol en el patio y luego apareció al día siguiente con una nuevas porque *“me sentía mal, supongo”*. Ryan se rió tanto de la situación que acabó sentándose con nosotros en el comedor. Y ya está. Desde ahí simplemente se quedó.

Ahora somos un cuarteto, aunque hay dinámicas que no cambian. Jake y yo siempre acabamos juntos de alguna forma. Igual que Thomas y Ryan. No sé muy bien por qué. Simplemente funciona así.

Resoplo y dejo que la mano roce el agua, dibujando líneas sin pensar.

El campeonato. Eso sí que fue real.

Se me escapa una pequeña sonrisa.

No era cualquier cosa. Había nivel. Gente muy buena. De los mejores. Y aun así... quedé primero.

Todavía suena raro pensarlo así.

Primero.

Debería significar algo más de lo que significa ahora mismo. Debería sentirlo de otra manera. Más fuerte. Más claro. Más.

Mis padres me felicitaron. Los dos. Mi madre lloró un poco, como siempre hace con cualquier cosa mínimamente emocional, y mi padre incluso se quedó aquí casi un mes entero este verano. Lo cual, sinceramente, es un milagro teniendo en cuenta que normalmente está viajando por medio mundo con su nueva novia. Hasta vino a verme competir.

Y aun así... no sé.

Harper también vino una vez. El día de la semifinal. Llevaba una sudadera mía y gafas de sol enormes aunque estaba nublado. Se pasó media tarde sentada encima de mis piernas mientras hablaba con otras personas y recuerdo pensar que quizá las cosas entre nosotros sí iban en serio de verdad.

Supongo que ahí estuvo mi primer error.

Porque unas semanas después, mientras yo seguía fuera por las competiciones, ella se acostó con Finn Walkes.

Finn Walkes y su puta nariz torcida.

Y desde entonces todo es raro.

Lo dejamos. O bueno, yo pensaba que lo habíamos dejado. Harper parece tener otra versión distinta de la historia porque sigue actuando como si todavía estuviera conmigo cuando le conviene. Me coge del brazo delante de la gente, me busca en las fiestas, me besa la mejilla como si nada hubiera pasado nunca.

Y sinceramente... ya me estoy cansando.

Me inclino hacia delante, apoyando los brazos sobre la tabla, dejando que el cuerpo se mueva con el mar sin oponer resistencia.

Quizá por eso me gusta tanto estar aquí. Porque no tengo que fingir nada. No tengo que ser el chico que todo el mundo espera. No tengo que encajar. Aquí solo soy yo. Y ya está.

Miro hacia la orilla un segundo. Desde aquí todo parece más pequeño, más simple, como si no tuviera nada que ver conmigo.

Ojalá pudiera quedarme.

De verdad.

Pero sé que no.

Nunca puedo.

Siempre hay algo esperándome fuera.

Aun así, me quedo un poco más, sin moverme, dejando que el tiempo pase más lento de lo normal, como si pudiera alargarlo lo suficiente antes de tener que volver.

Estoy a punto de dejarme caer otra vez sobre la tabla cuando escucho algo. Al principio no le hago caso. Es solo un sonido más, perdido entre el mar y el viento, algo que no termina de llegar del todo hasta mí. Sigo mirando al horizonte, como si nada, dejando que el agua me mueva suavemente.

Pero vuelve.

Más claro esta vez.

—¡Leoooo!

Frunzo el ceño y giro un poco la cabeza, intentando ubicar de dónde viene.

Y entonces la veo. Pequeña, en la orilla.

Jade. Mi hermana pequeña por parte de madre.

Incluso desde aquí se distingue, con ese pijama de cuadros azules que parece demasiado fino para la brisa de la mañana, de manga larga y pantalón corto, y el pelo igual de rubio que el mío suelto cayéndole hasta el pecho, moviéndose con el viento. Parece fuera de lugar en la playa, como si hubiera salido de casa sin pensar demasiado.

Tardo un segundo más de lo necesario en reaccionar.

Como si una parte de mí intentara ignorarlo.

Pero no puedo.

Suelto el aire por la nariz, resignado, y me giro del todo hacia ella.

Adiós a la paz.

Mido uno ochenta y tres así que el neopreno, aunque hecho a medida, me queda justo en las mangas y me tira un poco cuando flexiono los brazos y empiezo a remar con las manos hacia la orilla. El agua ya no es solo calma, ahora es movimiento, distancia que tengo que recorrer.

Cuando llego lo bastante cerca, bajo de la tabla y empiezo a caminar, mientras que el agua va bajando poco a poco por las piernas hasta dejar paso a la arena mojada. La tabla pesa cuando la saco del agua, unos cuantos kilos que se notan más al salir, cuando el cuerpo deja de estar medio flotando.

La apoyo un momento contra mi cadera mientras camino los últimos metros y, ya en seco, dejo que caiga al suelo con cuidado.

Me paso las manos por el neopreno y me lo desabrocho por arriba, bajándolo hasta las caderas para poder respirar mejor, dejando el torso al aire mientras el viento me golpea sin molestar demasiado.

Jade ya está delante de mí.

La miro mejor ahora.

Tiene los pies llenos de arena, moviéndolos un poco como si no le terminara de gustar la sensación, enterrándolos y sacándolos sin darse cuenta. Está un poco encogida sobre sí misma, como si no tuviera muy claro qué hacer ahora que ya estoy aquí.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —le digo, agachándome un poco para quedar a su altura.

Ella levanta la vista.

—Mamá te está buscando —dice directamente.

Asiento despacio, como si eso no fuera importante.

—Ya... ahora voy.

No me muevo.

Ella tampoco.

Hay un segundo raro, en el que parece que iba a decir algo más pero no lo hace. Lo noto. Se le queda en la cara, en cómo baja un poco la mirada, en cómo se queda callada cuando normalmente no lo haría.

—¿Qué pasa? —pregunto, más suave.

Jade encoge sus pequeños hombros.

—Nada.

No la creo.

Me quedo en silencio un momento, mirándola sin presionar demasiado, esperando.

Y al final lo dice.

—Tengo miedo.

La frase sale bajita, casi como si no quisiera que se quedara en el aire.

Frunzo un poco el ceño.

—¿De qué?

No sé muy bien qué hacer con eso. Con escuchar esa palabra salir de su boca, así, sin más. Porque Jade no tiene miedo. O al menos eso es lo que siempre he creído. Nunca lo ha tenido de verdad. Por eso esto... no encaja. No encaja con ella. Y quizá por eso me incomoda más de lo que debería. Porque si alguien como Jade puede tener miedo... entonces no sé muy bien qué significa todo lo demás.

—Del cole... —responde, sin mirarme ahora—. No quiero ir.

Asiento lentamente, acercándome un poco más, apoyando las rodillas en la arena para así poder quedarme a su altura.

—Es el primer día, es normal —digo, aunque sé que eso no arregla mucho.

Mi hermana niega un poco con la cabeza.

—Chloe tiene amigos... —murmura—. Yo no.

Ahí está.

De las dos, Chloe siempre ha sido la fácil. La que habla con todo el mundo sin pensarlo, la que sonríe antes incluso de saber si le apetece, la que se inventa amigos en cinco minutos si hace falta. Siempre con sus muñecas, con historias, con ruido.

Jade no.

Aunque sean iguales por fuera, no tienen nada que ver. Jade es más de quedarse un poco atrás, de mirar antes de hablar, de pensárselo todo más de la cuenta. Prefiere un balón a cualquier otra cosa y puede pasarse horas sola sin aburrirse... pero eso no significa que le guste estar sola de verdad.

Miro hacia un lado un segundo, pensando qué decir, pero no me sale nada perfecto.

Nunca me sale.

—Bueno... —empiezo, rascándome la nuca un momento—. Tampoco hace falta que tengas amigos el primer día.

Ella no responde.

Sigue mirando al suelo, moviendo los pies en la arena, dibujando formas sin sentido.

—Y no vas a estar sola —añado—. Estás con Chloe.

—Pero Chloe tiene muchos amigos... —dice otra vez, más bajito—. Y no quiere estar conmigo.

Me quedo callado un segundo.

Y entonces lo digo sin pensarlo demasiado.

—Si quieres, te acompaño yo.

Jade levanta la cabeza de golpe.

—¿En serio?

Asiento.

—Claro.

Su cara cambia en un segundo.

Literal.

Como si alguien hubiera encendido algo.

—Vale.

Se le nota en la voz.

Sonríó un poco sin darme cuenta.

—Ven aquí —le digo, abriendo un poco los brazos.

Jade me mira.

Luego mira el neopreno.

—Estás mojado.

Sin decir nada, sacudo el pelo aposta, lanzando unas cuantas gotas en su dirección.

—¡Leo! —protesta al momento, echándose un poco hacia atrás... pero riéndose.

Y ahí está.

Esa sí es Jade.

No la que dice que tiene miedo en voz baja, sino la de siempre. La que se queja pero no puede evitar reírse. La que no se toma nada demasiado en serio.

—No quiero mojarme —añade, aunque ya está sonriendo—. Porque si no mamá querrá secarme con su secador y no me gusta.

Resoplo una risa.

—Vale, entonces nada de abrazo —le digo—. Dame un beso y ya.

Se lo piensa medio segundo y luego se acerca lo justo para darme un beso rápido en la mejilla antes de apartarse.

Me levanto, notando otra vez el peso del cuerpo después de estar en el agua tanto rato, y cojo la tabla de la arena.

Y la otra le tiendo para que me la coja. Y ella la agarra sin dudar.

Empezamos a caminar hacia casa, que está a pocos metros de la playa, lo suficientemente cerca como para que el sonido del mar no desaparezca nunca del todo.

La arena se mete entre los dedos de los pies mientras avanzamos, y el viento sigue moviendo su pelo, llevándolo de un lado a otro.

Miro un segundo hacia el mar.

Y luego vuelvo al camino.

Esto...

Esto sí se siente real.

Jade me aprieta un poco más la mano cuando nos acercamos a casa, como si sin darse cuenta necesitara asegurarse de que sigo ahí.

La casa aparece delante de nosotros poco a poco, grande, demasiado para lo que realmente hace falta, con ese jardín delantero siempre impecable que rodea la entrada. El camino de arena y piedra cruje bajo nuestros pies mientras avanzamos, marcando cada paso hasta el garaje, donde ya hay un par de coches aparcados.

Jade me suelta la mano en cuanto llegamos mientras corre hacia la puerta.

Yo me quedo un segundo atrás, apoyando la tabla de surf en uno de los laterales de la entrada, justo en ese punto donde sé que no molesta, donde no queda “en medio”, pero sobre todo donde mi madre no va a decir nada. O, al menos, no demasiado.

El neopreno sigue pegado a la piel mientras me incorporo, todavía húmedo, tirando un poco en los hombros.

Mi hermana ya está delante de la puerta, intentando abrirla. Es demasiado grande para ella. Se nota en cómo empuja con las dos manos, en cómo se inclina hacia delante poniendo todo el peso del cuerpo... y aun así apenas se mueve.

No digo nada.

Me acerco un poco más, sin hacer ruido, y alargo la mano. Empujo yo también, lo justo, lo suficiente para que ceda sin que se note que he sido yo.

Jade se gira hacia mí con una sonrisa enorme, como si acabara de conseguir algo importante.

—¿Ves? —dice, levantando el brazo y apretándolo para marcar músculo—. Cada día estoy más fuerte.

Miro su “bola” durante un segundo.

Se me escapa una risa.

—Sí, sí... estás fuertísima.

Ella asiente, convencida, y sin esperar respuesta sale corriendo hacia dentro, directa a la cocina.

Niego con la cabeza, todavía sonriendo un poco, y entro detrás.

El recibidor es amplio, demasiado blanco para mi gusto, con esa sensación de casa ordenada que no cambia nunca. A la derecha hay una escalera de caracol ancha, con la barandilla marrón contrastando con todo lo demás, subiendo hacia la planta de arriba como si fuera más decoración que otra cosa.

Justo al lado está la puerta que da a mi parte favorita de la casa: el gimnasio y el cine. No es que sea nada exagerado, pero es mío. O lo más parecido a algo mío que tengo aquí. Mi madre y Mark no pisan el gimnasio, y con el cine pasa exactamente lo mismo, así que al final ese espacio se ha quedado para mí.

Y se nota.

Paso ahí más tiempo del que debería. Entrenando, matando horas, viendo pelis... casi siempre con Thomas, Jake o Ryan. Es el único sitio de la casa donde todo se siente fácil, donde no tengo que pensar demasiado en nada.

Sigo andando hacia delante.

El salón se abre frente a mí nada más avanzar unos pasos. Es grande, abierto, con los ventanales dejando entrar toda la luz de la mañana. Dos sofás enormes ocupan el centro, colocados alrededor de una mesa baja, con la chimenea encendida solo cuando hace frío, aunque ahora esté apagada. La tele cuelga en la pared de enfrente, limpia, sin nada alrededor que rompa la estética.

Todo está en su sitio.

Como siempre.

Lo cruzo sin detenerme, escuchando ya voces que vienen desde la cocina, más vivas, más reales.

Nada más entrar, el ruido cambia.

Es otro tipo de ruido.

Chloe está sentada en la mesa con un bol de cereales delante, uno de esos de *Frozen*, con colores demasiado brillantes para estas horas de la mañana. Está comiendo como si tuviera prisa, aunque claramente no la tiene.

Jade entra directa y se sienta al lado de su gemela sin decir nada al principio, pero no tarda ni dos segundos.

—Leo me va a acompañar al cole —suelta, con ese tono de medio orgullo que no intenta disimular.

Chloe levanta la vista del bol.

—¿Qué? —frunce el ceño—. Yo también quiero.

—Pero me acompaña a mí —insiste Jade, cruzándose un poco de brazos.

—Pues a mí también —responde Chloe, ya picada.

—Pero yo lo he dicho antes.

—Me da igual.

—Pero yo me lo he pedido primero.

—¡Leo! —me llama Chloe, girándose en la silla—. Me acompañas a mí también, ¿no?

Paso por su lado sin contestar todavía, abriendo la nevera como si la conversación no fuera conmigo, sacando una manzana para desayunar.

—Pero si te acompaño yo —dice Mark desde el otro lado de la mesa, levantando la vista de su teléfono mientras le da un sorbo a la taza de café.

Chloe lo mira.

—Papi, lo siento... —empieza, poniéndose medio recta en la silla—, pero Leo es más... guay.

Mark levanta una ceja.

—¿Perdona? ¿Guay?

Jade suelta una risa.

—Es verdad.

—¿Ah, sí? —dice él, cruzándose de brazos—. ¿Y desde cuándo soy yo menos guay?

—Desde siempre —responde Chloe sin dudar.

Se me escapa una risa por lo bajo mientras cierro la nevera.

—Buenos días —digo, pasando por al lado de mi madre.

Está apoyada contra la encimera de la cocina con una taza de café entre las manos. Tiene cuarenta años, aunque sinceramente casi nunca los aparenta. Lleva

el pelo rubio miel, más oscuro en algunas zonas y aclarado por mechas suaves, cayéndole hasta los hombros en capas con bastante volumen. Tiene ese aire setentero un poco desordenado pero elegante que a ella le queda ridículamente bien. El flequillo le enmarca la cara de forma natural, más largo por los lados, mezclándose con el resto del pelo.

Como cada día lleva maquillaje suave, apenas lo justo para remarcar los ojos y los labios, y una blusa blanca amplia con mangas algo abullonadas y escote en V metida por delante dentro de unos vaqueros azul oscuro.

—Buenos días de nada jovencillo —responde ella casi al instante, mirándome de arriba abajo—. ¿Tú has visto qué hora es?

—Sí —digo, apoyándome un segundo en la encimera mientras miro el reloj de la cocina—. Las ocho y cuatro.

—Leo, deberías estar ya cambiado—insiste—. Es tu último año, podrías ni que sea tomártelo un poco en serio.

Le pego un mordisco a la manzana y digo:

—Me lo tomo en serio.

Paso por detrás de Chloe y le doy un beso en la cabeza rubia al pasar.

—Buenos días.

Ella levanta la vista enseguida.

—¿Entonces me acompañas? —insiste.

Miro a Mark.

Él me devuelve la mirada y se encoge un poco de hombros.

Tiene una sonrisa amplia y fácil que le marca las arrugas alrededor de los ojos. Lleva la barba de unos días bien cuidada y el pelo corto oscuro con algunas canas, peinado de forma natural. Va con una camisa de lino verde con mangas remangadas, y una pulsera de cuentas marrones en la muñeca. Da esa sensación de estar siempre tranquilo, como si nada le afectara demasiado.

—A mí me solucionas la vida si lo haces —dice—. Tengo que irme antes hoy, hay una reunión importante en la oficina.

Asiento sin pensarlo demasiado.

—No hay problema.

—Ves —dice Chloe, mirando a Jade con cara de victoria.

—Pero porque yo lo he dicho primero —responde Jade, bajándose de la silla un poco.

—Eso no cuenta.

—Sí cuenta.

—No.

—Sí.

—¡No!

—¡Sí!

—¡YA! —dice mi madre, cortando la discusión—. Leo, si las acompañas vas a llegar tarde.

—Da igual —respondo, sentándome un momento—. Son quince minutos. Además es el primer día, tampoco van a hacer gran cosa.

Mi madre suspira mientras clava su mirada a las dos niñas rubias que hay sentadas en la mesa que le ruegan con sus ojos azules grandes, medio inclinadas hacia delante, como si no respiraran esperando la respuesta.

Funciona, porque mi madre suelta un suspiro de rendición.

—Quince minutos —dice al final señalándome con el dedo—. Ni uno más.

—¡Graciaaaaas! —dicen a la vez las gemelas, corriendo hacia ella para abrazarla.

—Ya, ya, vale —responde mi madre, intentando quitárselas de encima sin mucho éxito—. Pero ahora todo el mundo a vestirse. Ya.

—¡Vale! —gritan las dos.

Y salen corriendo de la cocina. Las escucho subir las escaleras a toda velocidad.

Le doy un último mordisco a la manzana y tiro el hueso a la basura

—Voooy —digo levantando los brazos, mientras mi madre me fulmina con la mirada.

NO ENTRAS SOLA

⚓ *Leo* ⚓

Abro la puerta del coche y el aire del interior me envuelve un segundo: ese olor limpio a cuero nuevo mezclado con un toque leve de sal que todavía traigo del mar.

Tiro la americana de St. Elían's High School en el asiento del copiloto sin pensarlo demasiado. La mochila negra cae después, directa al suelo, a los pies de ese mismo asiento, donde encaja sin estorbar.

El coche es un Audi RS7 negro, pulido, con el interior oscuro y elegante. Todo dentro es negro: el salpicadero, las puertas, el techo... pero al abrir el coche, unas líneas de azul eléctrico se encienden suavemente por el interior, recorriendo los laterales y marcando los bordes. De noche, el efecto es aún más fuerte: todo sigue siendo negro... pero con ese brillo frío que lo hace parecer casi irreal.

Entro y me siento en el asiento del piloto. El cuero cede un poco bajo mi peso, cómodo, familiar. Cierro la puerta detrás de mí y el mundo de fuera se corta de golpe, como si alguien bajara el volumen.

Me ajusto el cinturón. Luego muevo un poco el retrovisor interior, inclinándolo hacia atrás hasta que las veo reflejadas: dos rubias subiendo cada una a su sillita, peleándose un poco con el cinturón mientras se colocan como pueden.

Son idénticas y a la vez no. Las dos son pequeñas, con el pelo rubio casi blanco y los ojos azules enormes. Pero Chloe tiene la cara más redonda y siempre sonríe. Y Jade es igual pero con la mirada más seria, como si pensara el doble. Llevan el uniforme azul de primaria, pero les queda grande.

—¿Estáis abrochadas?

—Sí —dice Jade al instante.

—No —responde Chloe, intentando enganchar el cinturón sin éxito.

Jade se gira un poco hacia ella y se ríe.

—Eres malísima con esto...

—¡No soy malísima! —protesta Chloe, frunciendo el ceño.

—Jade —digo, sin levantar mucho la voz—, no te rías de Chloe.

Ella baja un poco la mirada, pero sigue sonriendo.

Chloe sigue peleándose con el cinturón.

Suspiro.

Suelto el mío, abro la puerta del coche y salgo.

Rodeo el vehículo hasta la parte de atrás del asiento del copiloto y abro la puerta de Chloe. Me agacho un poco y le cojo el cinturón con calma.

—Déjame a mí —le digo.

Ella me mira con cara de derrota.

—No me sale...

—Ya lo veo.

Encajo el cierre sin prisa hasta que hace clic.

—Listo.

Chloe me sonríe un poco, como si acabara de salvarle la vida.

—Gracias.

Cierro su puerta y vuelvo al asiento del piloto. Entro, cierro, y me vuelvo a abrochar el cinturón.

Apoyo las manos en el volante un segundo, mirando hacia delante.

—¿Listas?

—Sí —dicen las dos a la vez desde atrás.

Sus uniformes contrastan con el interior del coche. Falda azul, polo blanco, jersey azul oscuro, que al contrario de Chloe, Jade no lo lleva puesto. Todo demasiado ordenado para ser tan temprano.

Arranco el coche.

El motor suena bajo, constante.

Salgo poco a poco del parking de casa, girando con cuidado entre las columnas y el camino de entrada.

Detrás, las dos van hablando entre ellas, ya en su mundo.

—Leo, ¿podemos poner música? —pregunta Chloe desde atrás, ya moviéndose en su sillita como si el coche fuera suyo.

—¿Cual quereis? —respondo, sin apartar demasiado la vista de la carretera.

—La de *“Dance Monkey”*—insiste Chloe—.

Jade gira la cabeza al instante.

—¡No! —dice—. Es mejor al de *“Shake It Off”*.

Suelto una pequeña risa por la nariz.

Las dos se miran como si acabaran de declararse la guerra.

—¡La mía es mejor! —dice Chloe.

—¡La mía es más divertida! —responde Jade.

—Chicas... —intervengo, mirando por el retrovisor—. Tenéis que poneros de acuerdo. Una primero y luego la otra.

Silencio de medio segundo.

Y luego explota otra vez.

—¡Pero la mía primero! —dicen las dos a la vez.

—No, ¡la mía!

—¡No!

Suelto un suspiro, aguantando la risa.

—Decidlo bien o pongo una yo.

—¡No! —dicen las dos a la vez

—Las tuyas son horribles —dice Chloe.

Se callan un segundo más largo esta vez.

Chloe cruza los brazos.

—Vale... la de Jade primero.

Jade la mira como si hubiera ganado una medalla.

—Luego la mía —añade Chloe rápido, señalándola con el dedo.

—Trato —digo yo, ya sin discutir más.

Una sonrisa pequeña se me escapa mientras saco el móvil del bolsillo del pantalón.

Me giro un poco hacia atrás sin apartar la vista de la carretera y se lo doy a Jade, que está justo detrás de mí.

—Busca la tuya.

Ella lo coge como si fuera lo más importante del mundo.

—¡Shake It Off! —dice casi gritando mientras teclea.

En cuanto empieza la canción, el ambiente del coche cambia por completo. Jade se pone a cantar a pleno pulmón sin ningún tipo de vergüenza.

—“*Cause the players gonna play, play, play...*”

Chloe la sigue al instante desde el otro lado:

—“*I shake it off, I shake it off!*”

Las dos cantan como si estuvieran en un concierto, moviéndose en sus sillitas, completamente fuera de control.

Aprieto un poco el volante y miro por el retrovisor, y no puedo evitar soltar una risa, de verdad, porque es imposible no hacerlo. Las dos siguen cantando como si el coche fuera un escenario, completamente perdidas en su mundo, y yo sigo conduciendo intentando no reírme demasiado, pero ya es imposible.

Cuando la canción termina ponen otra, y otra, y otra, y entre una y otra el tiempo pasa sin que nos demos cuenta. Y cuando levanto la vista, ya está ahí. El colegio de las chicas. Grande, con puertas altas, niños entrando en grupos, padres despidiéndose en la acera. Todo demasiado normal para lo caótico que ha sido el coche hace cinco minutos. Aparco despacio delante de la entrada.

—Pues ala, ya estamos —digo, apagando el motor.

Antes de que pueda girarme del todo, Chloe se desabrocha el cinturón de golpe y se inclina hacia delante entre los asientos.

—¡Adiós! —dice, y me da un beso rápido en la mejilla.

—Eh —respondo, sorprendido—. ¿Así sin más?

Ella ya está abriendo la puerta del coche.

—¿Mark os deja entrar así? ¿O os acompaña? —pregunto.

Chloe ya tiene un pie fuera.

—Nos deja ir así —dice, como si fuera lo más normal del mundo.

Asiento despacio, aunque algo dentro de mí duda un poco. Son pequeñas. Seis años. Pero... es la puerta del colegio. Tampoco es como si fueran a desaparecer en el aire.

Chloe baja y enseguida se une a un grupo de niñas de su edad. Las veo alejarse juntas, de la mano, entrando hacia el edificio como si el mundo fuera suyo.

Sigo con la mirada un segundo más... hasta que la veo.

Jade no se ha movido ni un milímetro. Sigue en su sillita mirando por la ventana con el cinturón puesto, las manos inquietas, y los ojos fijos en Chloe.

Se está mordiendo las uñas, mirando todo sin mirar nada realmente.

Frunzo el ceño un poco.

Sin pensarlo demasiado, me desabrocho el cinturón, cojo el móvil del asiento del copiloto y salgo del coche.

Abro la puerta trasera y me agacho un poco.

—Vamos —le digo—. Te acompaño.

Jade me mira pero no se mueve.

—Venga —repito, más suave.

Y esta vez, a regañadientes, se desabrocha.

Coge su mochila del suelo, baja despacio del coche y sale mientras cierro la puerta detrás de ella.

En cuanto pisa el suelo, no suelta el aire. Solo se acerca. Y me agarra la mano. Pequeña. Firme. Apretándola como si no quisiera perderme.

Me agacho un poco para quedar a su altura.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Jade baja la mirada. Se queda callada un segundo largo. Y al final lo único que hace es encogerse un poco sobre sí misma. No dice nada. Pero se le llenan los ojos de lágrimas igual, sin avisar, y un par se le resbalan por las mejillas antes de que las seque rápido con la manga de la camisa blanca, como si así pudiera hacer que no estuvieran.

Frunzo un poco el ceño, sin insistir demasiado.

—Eh... —digo, más suave—. ¿Quieres que vayamos a buscar a tus amigas?

Levanta la mirada un poco, dudando. Y luego asiente.

Pequeño. Pero suficiente.

Me incorporo un poco, cogiéndole la mano.

—Vale... ¿cómo se llaman?

Jade se frota otra vez la cara, intentando recomponerse.

—Grace... —dice bajito.

Asiento.

—Grace... sí, me suena —miento sin problema—. ¿Grace qué?

—Grace Parker —añade.

—Eso, Parker —repito, como si lo hubiera sabido todo el tiempo—. ¿Es maja?

Jade asiente otra vez, esta vez un poco más convencida.

—Sí.

Y con eso basta. Basta para que deje de pensar en lo que le estaba rondando la cabeza hace un momento, para que la preocupación se le diluya poco a poco y cambie por otra cosa. Porque al segundo siguiente ya está hablando otra vez, esta vez de Grace, contando cosas sin parar, con esa sonrisa que vuelve como si nunca se hubiera ido.

PROBLEMAS

☆ *Vega* ☆

Abro la puerta del coche antes de que el motor termine de apagarse del todo.

—Luego te veo —dice mi madre, con una mano en el volante—. Y vigila a tus hermanos.

—Mamá... —se queja Ethan al momento—. No hace falta que nos vigile.

Desde el asiento de su lado, Noah se suma sin perder tiempo.

—Ya, ya... que ya somos mayores.

Mi madre ni siquiera responde con palabras. Solo me lanza una mirada rápida, de esas que dicen más de lo que quieren decir. Cansada. Pidiendo ayuda sin decirlo en voz alta.

Yo asiento.

—Sí.

No hace falta más.

Bajo del coche y ellos hacen lo mismo. Noah es el primero en salir disparado, cerrando de un portazo y echando a andar sin mirar atrás. Ethan baja después, más lento.

El coche arranca antes de que diga nada más. Me quedo un segundo mirando cómo se aleja por la calle hasta desaparecer al final.

Y entonces vuelvo a la realidad.

Miro a los dos.

—No os metáis en líos.

Noah se gira andando hacia atrás, llevándose una mano al pecho, exagerado.

—¿Yo? Pero si soy super bueno.

Resoplo.

—Claro.

Se ríe, como si fuera el mejor chiste del mundo, y levanta la mano en un gesto rápido.

—Luego nos vemos.

Y se va directo hacia un chico de su edad que está un poco más allá, apoyado contra la pared. Si no recuerdo mal... Henry.

Ethan, en cambio, ni se inmuta. Sigue caminando con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, sin la americana. Apostaría lo que fuera a que la lleva hecha un ovillo dentro de la mochila.

Solo le saco un año y ya es más alto que yo por bastante. Moreno, con el pelo corto siempre hecho un desastre porque pasa de peinarse. Hombros anchos para su edad, y esa cara de cabreado permanente que heredó de papá. Cuando frunce el ceño se le marca una arruga entre las cejas que lo hace parecer mayor.

Doy un par de pasos rápidos hasta ponerme a su altura y le doy un pequeño golpe con el hombro.

—Oye.

No responde.

—Ethan... —insisto, un poco más seria—. Por favor, contrólate este año.

Sigue caminando como si no fuera con él.

Y es que el año pasado... el año pasado fue un desastre. Tercero de la ESO. Peleas. Partes. Llamadas. Siempre lo mismo. Y casi siempre era yo la que acababa en el despacho del director, recogiendo lo que él dejaba por medio. Firmando papeles que ni siquiera deberían pasar por mis manos. Escuchando a profesores que ya estaban cansados. Intentando arreglar algo que no dependía de mí.

Aprieto un poco más el paso y le agarro del brazo para obligarlo a pararse.

—Mírame.

Se detiene. Tarde, pero lo hace. Y cuando se gira, por fin me mira.

—Por favor —digo, y la voz se me rompe un poco aunque intento que no se note—. Que no sea como el año pasado. Déjalo ya.

Intenta soltarse, pero aprieto un poco más.

—Por favor.

Porque estoy cansada. Cansada de todo eso. De ir cada semana al despacho del director, de firmar notas de mal comportamiento, de escuchar que esta vez ha sido peor. De hacer de algo que no me toca.

Ethan me observa unos segundos. Sin vacilar. Sin bromear.

—Vale... —dice al final, más bajo—. No te preocupes.

No sé si creerle.

Pero entonces da un paso hacia mí y me abraza. Rápido. Fuerte.

—Te lo prometo —murmura cerca de mi oído—. Este año no la voy a liar.

Se separa antes de que pueda decir nada.

Le miro.

Y asiento.

Ethan se encoge ligeramente de hombros, como si no fuera para tanto, y se gira para seguir caminando hacia el edificio.

Y yo me quedo un segundo más donde estoy, intentando creerle.

El aire de la mañana es distinto aquí.

Más frío.

Más rápido.

Al final camino sin perder tiempo hacia la entrada principal del instituto, la que lleva directamente a la zona de taquillas de primero y segundo de bachillerato. Ya se escucha desde fuera.

No es el mismo ruido que en casa. No es caos. Es otra cosa.

Son voces mezcladas, risas cortas, pasos rápidos, saludos que suenan a gente que se conoce de verdad. Nervios suaves. Felicidad contenida. Como si todos estuvieran un poco más despiertos de lo normal.

Entro.

Y el sonido me envuelve de golpe. Hay demasiada gente. Demasiados cuerpos moviéndose a la vez. Pero nadie choca. Todo fluye. Como si cada uno supiera exactamente a dónde tiene que ir.

Sigo caminando hasta mi taquilla. La encuentro sin pensar. Número 2901, justo como la fecha de mi cumpleaños.

La abro y dejo mi bolso negro dentro con cuidado, soltando un poco el aire cuando por fin queda fuera de mi espalda.

Por un segundo no hago nada.

Solo respiro.

Inhalo.

Exhalo.

Y entonces—

Alguien me abraza por detrás.

—¡VEGA!

Me giro casi de golpe.

Sienna.

La reconozco incluso antes de verla bien.

Y en cuanto la tengo enfrente, nos abrazamos otra vez, esta vez mejor, más normal, como si no hubiera pasado ni un segundo desde la última vez.

—¿Cuánto tiempooooo? —dice, exagerando la voz, separándose un poco para mirarme.

La miro un segundo.

—Literalmente nos vimos la semana pasada en la playa.

Sienna abre los ojos como si eso fuera una ofensa personal. No puedo evitarlo. Me río. De verdad. Porque con ella siempre es así.

Sienna tiene los ojos de un azul intenso, casi demasiado llamativo, como si siempre estuviera viendo algo que los demás no ven. El pelo rubio le cae completamente liso, perfecto, sin un solo mechón fuera de sitio.

Es alta, más que yo, y delgada de esa forma que parece que el uniforme está hecho para ella. No como a mí que la falda me queda grande de cintura y corta de largo.

Va vestida con el mismo uniforme que yo. Pero en ella parece un diseño de colección.

La falda más corta de lo normal, llevada sin preocuparse demasiado. El polo perfectamente colocado. Y una corbata que no todo el mundo lleva, pero ella la lleva siempre, porque dice que así “le da el toque” al uniforme.

A mí me agobia solo mirarla. La llevo solo cuando es obligatorio. Y aun así, me siento fuera de lugar.

Sienna, en cambio, parece hecha para eso.

Su maquillaje también es imposible de ignorar: un eyeliner marrón claro perfectamente trazado, pequeñas pecas dibujadas en la nariz como si fueran reales, y los labios pintados en un tono rosado amarronado con un brillo suave encima.

Todo en ella parece pensado. Pero al mismo tiempo... natural. Como si no le costara.

Sienna parpadea un segundo, como si procesara mi respuesta con retraso.

—¿En serio? —dice, ladeando la cabeza—. ¿Solo ha pasado una semana?

—Literalmente —respondo, cerrando mi taquilla—. Hace siete días.

Sienna abre mucho los ojos.

—Eso es muchísimo tiempo, Vega.

Suelto una risa corta, negando con la cabeza mientras cierro el candado.

—Tú estás mal.

Ella sonríe como si eso fuera un halago.

Nos quedamos un segundo apoyadas junto a las taquillas, con el ruido del pasillo creciendo alrededor. Gente pasando, risas, mochilas golpeando el suelo, gritos a medias de “¡luego te veo!” y “¡espera!”. El típico caos del primer día.

Sienna me mira de reojo.

—Oye... ¿dónde está Maya?

En cuanto dice su nombre, siento ese pequeño cambio en el aire. Como si algo se moviera sin avisar.

—No s  —respondo rápido—. Seguro que por ahí con alguien.

Pero entonces pasa.

No es algo que diga. Ni algo que haga de forma evidente.

Es más bien... cómo cambia.

Hace un segundo Sienna estaba riéndose, ligera, como siempre. Y al segundo siguiente, se queda quieta. La sonrisa se le borra a medias, como si alguien hubiera bajado el volumen de golpe. Se tensa. Apenas un segundo. Pero yo lo noto.

Sigue mirando al frente. A un punto fijo al fondo del pasillo.

Y sin querer, sigo su mirada.

Thomas, apoyado en una taquilla como si nada le afectara. Debe medir uno ochenta por lo menos. Tiene el pelo oscuro medio ondulado que siempre que lo veo le cae sobre la frente y los ojos marrones, casi negros igual que su hermana. Con el

uniforme parece mayor, como si ya no pintara nada en el instituto. Lleva la mochila colgando verde de un brazo con la postura relajada. Y delante... Olivia.

Demasiado cerca.

Pegada a él.

Besándolo sin prisa, como si el pasillo entero hubiera desaparecido.

Vuelvo a mirar a Sienna.

—¿Estás bien? —pregunto, bajito, casi sin pensar.

Ella tarda medio segundo en reaccionar. Y luego sonrío.

Pero no es su sonrisa.

—¿Yo? —dice, ligera—. Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

Levanto una ceja.

Sienna se encoge de hombros, cruzándose de brazos.

—Me da igual, Vega. Puede hacer lo que quiera con su vida.

Y lo dice como si fuera verdad.

Pero no lo es.

Porque con ellos nunca es tan simple.

Thomas y Sienna son... raros. Un día están bien, demasiado bien. Juntos, pegados, como si no existiera nadie más. Y al siguiente ni se miran. Luego vuelven a liarse. Luego se odian. Luego otra vez.

Y así todo el rato.

La semana pasada, sin ir más lejos, cuando quedamos en la playa con Maya, estaban bien. Muy bien. Demasiado bien para lo que suele durarles.

Y ahora esto.

Sienna resopla suave, como quitándole importancia.

—De hecho, me importa tan poco... —añade, girándose ya hacia ellos— que podríamos preguntarle si ha visto a tu hermana.

—Sienna... —suspiro, ya sabiendo que esto no va a acabar bien.

Pero ella ya está caminando hacia ellos.

Y no va con calma.

Se planta delante justo cuando se separan lo suficiente para respirar. Olivia sigue cerca, demasiado cerca. Thomas levanta la vista. Y en cuanto la ve... cambia algo. Muy sutil. Pero cambia.

El aire se tensa en ese segundo.

No es solo que dejen de besarse. Es cómo lo hacen. Cómo Thomas ya no está del todo en lo que estaba hace un momento. Cómo Sienna se queda ahí, tranquila, como si no hubiera interrumpido nada importante, como si en realidad todo esto le diera exactamente igual.

Olivia es la primera en reaccionar.

—Qué sorpresa —dice con una sonrisa tensa—. ¿Te has perdido o vienes a molestar?

Sienna ni pestañea.

—Para nada —responde con calma—. Solo pensaba que igual el pasillo no era el mejor sitio para esto. Pero oye, cada uno con su nivel.

Olivia suelta una risa corta, seca.

—Claro. Tú de eso sabes bastante, ¿no? —añade, ladeando la cabeza—. ¿Qué tal con Jasper?

Y ahí está.

Otro tema delicado para variar.

Lo pienso, casi con ironía, mientras miro a Sienna de reojo. Pero ella no se descoloca. Al contrario. Su sonrisa cambia un poco. Se afila.

—Bien —dice—. Al menos yo no tengo que esperar mi turno.

Thomas suelta aire por la nariz, medio cansado, medio divertido. Y aunque Olivia sigue ahí, es evidente que ya no está en el centro de nada. Porque ellos dos... están en otra cosa completamente distinta. En ese punto raro en el que parece que se están atacando, pero no terminan de hacerlo nunca.

Olivia lo nota. Claro que lo nota.

Da un paso atrás, molesta.

—Paso de esto —murmura—. Cuando te canses de juegos, me avisas.

Thomas gira un poco hacia ella.

—Oli, espera—

Pero ella ya se ha girado, y se aleja hacia el fondo del pasillo, juntándose con una chica pelirroja sin mirar atrás.

Silencio.

Thomas se queda un segundo mirando cómo se va, y luego vuelve a Sienna, dejando caer la cabeza hacia atrás con un suspiro.

—¿Contenta?

Sienna sonrío. Esta vez sí. Sin disimular.

—Mucho.

Yo dejo escapar el aire que ni me había dado cuenta de que estaba aguantando y doy un pequeño paso al frente.

—Eh... ¿sabéis dónde está Maya o no? —pregunto, más suave, intentando no meter más leña al fuego.

Pero ninguno de los dos me está mirando.

Siguen ahí.

Sosteniéndose la mirada como si hubiera algo pendiente que ninguno quiere decir.

Al final, Thomas es el que cede. Aparta la vista de Sienna y la deja caer un segundo en mí.

—En el despacho del director —dice—. Se ha metido en algo.

El estómago se me encoge un poco.

—¿Qué?

—Ni idea —responde, encogiéndose de hombros.

Hace una pausa. Y entonces vuelve a mirar a Sienna.

—Me sorprende que no seas tú esta vez.

Sienna alza una ceja, cruzándose de brazos.

—Ya, qué decepción, ¿no? —responde—. Pero tranquilo, puedo esforzarme si te hace ilusión.

Hay algo en cómo lo dice. A la defensiva, sí. Pero también... jugando.

Thomas esboza una sonrisa mínima. De esas que no duran.

—No hace falta —murmura.

Se separa de la taquilla y pasa entre nosotras.

—Adiós, chicas.

—Adiós... —respondo.

Sienna no dice nada.

Solo se queda mirándolo mientras se aleja por el pasillo, sin moverse, sin romper ese hilo invisible hasta que él desaparece entre la gente.

Entonces me giro hacia ella con las manos apoyadas en mis caderas.

—Menos mal que no te importaba.

Sienna pone los ojos en blanco al instante.

—Cállate —murmura.

Y sin decir nada más, se gira y empieza a caminar rápido.

No. A correr.

Yo voy detrás.

El pasillo se convierte en una línea recta que atravesamos sin pensar, esquivando gente, mochilas, cuerpos. El ruido sigue ahí, pero se vuelve lejano, como si lo hubieran bajado de volumen. Solo escucho nuestros pasos, rápidos, desordenados, y mi propia respiración subiendo más de lo que debería.

Giramos una esquina. Luego otra. Y poco a poco todo cambia.

El ambiente se vuelve más tranquilo, más contenido. Menos risas, menos gritos. Las paredes parecen más blancas aquí, más limpias, como si el ruido no tuviera permiso para entrar. El pasillo del despacho del director siempre ha tenido algo de serio. De sitio donde nadie quiere estar sin motivo.

Estamos a punto de pasar de largo cuando—

—¡Smith! ¡Taylor!

Frenamos en seco.

Damos un paso más por la inercia y luego retrocedemos, casi torpes, caminando hacia atrás hasta el mostrador.

La secretaria nos observa desde su sitio.

Es una mujer mayor, de esas que parecen llevar ahí toda la vida. Tiene el pelo completamente blanco, recogido en un moño bajo perfecto, sin un solo mechón fuera de lugar. Las gafas descansan en la punta de su nariz, y por encima de ellas nos mira con una mezcla de paciencia y autoridad. Lleva una camisa clara, abotonada hasta arriba, y un cárdigan fino que cae recto sobre los hombros. Todo en ella está ordenado. Medido. Como si nada escapara a su control.

—Amara... —empieza Sienna.

—Señora Bennett —la corrige sin levantar la voz.

Sienna se adelanta un poco, apoyando las manos en el borde del mostrador.

—Sí, eso. ¿Maya está dentro, no? ¿Qué ha pasado?

La señora Bennett ni parpadea.

—El director Collins está ocupado en este momento —dice—. No podéis pasar.

Sienna frunce ligeramente el ceño.

—Ya, pero está con Maya. Solo queremos saber qué ha pasado.

—No puedo dar ese tipo de información —responde ella, exactamente igual—. Tendréis que esperar a que la señorita Williams salga.

El silencio cae un segundo. Se queda ahí, incómodo. Miro a Sienna. Ella aprieta un poco la mandíbula.

Yo vuelvo a la secretaria.

—¿Podemos esperar aquí...? —pregunto, señalando los bancos del pasillo.

La señora Bennett asiente una vez.

—Podéis.

—Vale... gracias.

Nos damos la vuelta.

Empiezo a caminar hacia los bancos, notando esa sensación rara en el pecho que no se va, como si algo no encajara del todo. Sienna viene a mi lado, más callada ahora.

—Señorita Taylor.

Nos paramos otra vez.

Sienna gira la cabeza despacio.

—¿Sí?

Amara la recorre con la mirada. De arriba abajo.

—Bájese la falda, por favor. Esto es un centro escolar, no una discoteca.

Bajo la mirada automáticamente.

Sienna se la baja lo justo. Casi nada.

—¿Así?

—No.

Sienna se encoge de hombros.

—Pues es lo que hay mujer.

No puedo evitarlo.

Una sonrisa pequeña se me escapa.

—Señorita Taylor —dice la secretaria, un poco más seca—, esa boca.

Sienna asiente con una seriedad completamente falsa.

—Perdón perdón...

Aprieto los labios, intentando contener la risa, y tiro suavemente de su brazo para que sigamos andando antes de que esto vaya a más.

Nos alejamos. Llegamos a los bancos.

Nos sentamos una frente a la otra.

Y entonces sí. El silencio se queda. De verdad. Ya no hay bromas, ni comentarios, ni nada que lo suavice.

Solo la puerta cerrada del despacho delante.

Y la espera.

El tiempo pasa lento.

Demasiado.

No sé exactamente cuánto llevamos sentadas, pero lo suficiente como para que el silencio ya no sea solo incómodo, sino pesado. Sienna está con el pie moviéndose sin parar, golpeando el suelo con un ritmo irregular, y yo tengo la mirada fija en la puerta del despacho del director, como si mirarla fuera a hacer que se abra antes.

Pero no se abre.

No al principio.

Tienen que pasar unos quince minutos —largos, de los que se sienten— hasta que por fin se escucha el clic.

Las dos levantamos la cabeza a la vez.

La puerta se abre.

Pero no es Maya.

Es una chica.

Chiara.

Sale con paso rápido, sin mirar atrás. Tiene el pelo rizado, marrón, cayéndole desordenado por los hombros, como si se hubiera pasado la mano demasiadas veces por él. Pero no es eso lo que me llama la atención.

Es su cara.

Tiene una herida en la mejilla. No sangra ya, pero es reciente. Roja. Marcada.

Sienna y yo nos fijamos al mismo tiempo.

Chiara levanta la vista. Primero mira a Sienna. Luego a mí.

—Vuestra amiga está loca.

Lo dice seco. Sin emoción. Como si fuera un hecho.

Y se va.

Se gira y empieza a caminar por el pasillo en dirección a las clases, sin mirar atrás ni un segundo.

El silencio se queda un instante más.

Sienna gira la cabeza hacia mí.

Yo hacia ella.

Y, sin poder evitarlo, a Sienna se le escapa una sonrisa.

Pequeña.

—Bueno... —murmura.

No le da tiempo a decir nada más.

La puerta vuelve a abrirse.

Y esta vez sí.

Maya aparece con su uniforme perfecto, la americana roja, el pelo ondulado suelto cayéndole por la espalda y el bolso Longchamp del mismo color que el uniforme colgado del hombro. Está medio girada hacia dentro, hablando todavía con el director.

—...no volverá a pasar, de verdad —dice, con ese tono de “lo digo pero tampoco tanto”.

—Eso espero, señorita Williams —responde una voz masculina desde dentro.

Maya asiente, aunque ya está cerrando la puerta.

En cuanto lo hace, se gira.

Y nos ve.

—Tía... —digo yo, levantándome—. El primer día y ya la estás liando.

—Joder —añade Sienna, poniéndose de pie también—. Pero si aquí la que la liaba era yo, no tú.

Maya rueda los ojos, empezando a caminar hacia nosotras.

Nos colocamos automáticamente a cada lado suyo cuando empieza a avanzar por el pasillo, como si no hubiéramos hecho otra cosa en la vida.

—No es lo que parece —dice.

—Ah, no —responde Sienna—. ¿Entonces qué? ¿Le has arrancado la cara por accidente?

Maya resopla.

—He abierto la taquilla.

Silencio.

—Y sin querer le he dado —continúa—. Pero en plan sin querer de verdad.

—Claro —dice Sienna.

—Que sí —insiste Maya—. Pero ella se ha montado una película increíble, diciendo que lo he hecho aposta porque le tengo envidia.

Sienna suelta una risa seca.

—Hija de puta.

Yo niego con la cabeza.

—Ya, ya... como para tenerle envidia.

Maya se gira hacia mí de golpe.

—Literal.

Seguimos andando.

Y entonces, de repente, Maya alarga los brazos y nos agarra a las dos, una por cada lado. Y sonrío.

—Bueno —dice, mirándonos a las dos—. ¿Qué tal las vacaciones?

HONRARNOS CON SU PRESENCIA

⚓ *Leo* ⚓

Bajo del coche y cierro la puerta detrás de mí con un golpe seco. Me quedo un segundo quieto, mirando el instituto delante de mí. Al final no he llegado tarde. No es que me importe demasiado, pero me gusta esa sensación de entrar sin prisa, sin tener que correr el primer día.

El patio todavía está lleno. Grupos por todas partes, risas, mochilas, gente moviéndose sin dirección clara. El típico caos de principio de curso. Cruzo la entrada con la mochila al hombro, notando las miradas de siempre, esas que duran un segundo más de lo normal antes de apartarse.

Dentro el ruido baja un poco, pero sigue ahí, constante. Pasillos llenos, voces cruzándose, pasos que van y vienen sin orden.

No tardo en localizarlos entre toda la gente del pasillo. Thomas y Jake están apoyados cerca de las taquillas como si el instituto entero fuera suyo. Thomas destaca primero, como siempre. Más alto que Jake, moreno, hombros anchos bajo el uniforme y el pelo oscuro medio despeinado. Jake, a su lado, lleva los rizos oscuros completamente fuera de control y la corbata mal puesta otra vez. También

está fuerte, aunque de una forma menos intimidante que Thomas. Más caótica. Más Jake.

Los dos parecen demasiado cómodos para lo temprano que es.

—Mira quién aparece —dice Jake en cuanto me ve, levantando una ceja—.

¿Qué son estas horas de llegar, tío?

Suelto aire por la nariz mientras me acerco.

—Tenía que acompañar a mis hermanas.

Thomas me mira de lado.

—¿Y eso? ¿No las acompaña siempre Mark?

Seguimos caminando los tres por el pasillo, mezclándonos con el resto de gente sin dejar de avanzar.

—Sí —respondo—, pero hoy Jade estaba rara.

Jake frunce un poco el ceño, perdiendo por un segundo su tono habitual.

—¿Rara cómo?

Me paso una mano por la cara, como intentando ordenar lo que ha pasado esta mañana.

—Rara de que no quería entrar —digo—. O sea... es como si le pasara algo en el cole.

Thomas no dice nada de inmediato, pero lo noto más atento ahora.

Jake, en cambio, deja de bromear del todo.

—Eso no es normal —murmura—. Jade no es así.

Asiento.

—Ya...

Seguimos caminando unos pasos más, y el ruido del pasillo vuelve a llenarlo todo otra vez, pero entre nosotros queda algo distinto, más pesado.

Al final, Jake suspira y mete las manos en los bolsillos.

—Vale —dice, como tomando una decisión—. Luego las vamos a buscar.

Lo miro de reojo.

—¿Cómo?

—Sí —asiente—. A las gemelas. Vamos a ver cómo les ha ido el día.

Thomas levanta una ceja.

—Tú te preocupas demasiado.

Jake sonrío, volviendo a su tono de siempre.

—Me quieren. Ya verás cuando me vean, se les ilumina la cara.

Thomas suelta una risa corta.

—Sí, claro. Más bien salen corriendo en dirección contraria.

Jake se gira hacia él, fingiendo ofensa.

—¿Qué dices? Esa niña me adora.

Miro a Jake y niego con la cabeza.

—Estás fatal.

—Y aun así soy el favorito de tus hermanas —responde, señalándose a sí mismo con orgullo absurdo.

Thomas resopla una risa mientras giramos por otro pasillo.

—A todo esto... ¿dónde está Ryan?

Jake pone cara de pensar dos segundos.

—En clase ya, seguro —dice—. O comiéndose la boca con Sophia en cualquier esquina. Lo de siempre.

—Qué pesados son —murmura Thomas.

—Habla el menos indicado —dice Jake al instante.

Thomas le lanza una mirada seca.

—Cállate.

Jake sonríe más todavía, claramente satisfecho consigo mismo.

Seguimos avanzando entre la gente hasta llegar al aula. La puerta ya está abierta y desde fuera se escucha al profesor hablando. Llegamos tarde. Poco, pero lo suficiente.

Jake entra primero como si nada.

—Buenos días, jóvenes —dice el profesor apenas nos ve aparecer—. Qué alegría que hayan decidido honrarnos con su presencia.

Jake sonríe.

—Nos gusta entrar cuando el ambiente ya está caliente.

Algunas risas se escapan por la clase.

El pobre señor suspira, claramente cansado ya y aún ni hemos empezado el curso.

—Siéntense.

Thomas entra detrás de Jake sin ninguna prisa.

—Han pasado literalmente dos minutos —dice, como si eso solucionara algo.

—Y aun así llegan tarde, señor Wilson.

Yo paso detrás de ellos, sin decir nada. Y en cuanto entro, lo noto. Las miradas. Siempre pasa. Gente girándose apenas aparezco, cuchicheos rápidos, nombres susurrados creyendo que no se escuchan. Algunos disimulan mejor que otros. Chicas mirando demasiado tiempo. Chicos haciendo comentarios bajos. Lo normal.

Hace tiempo que dejé de darle importancia.

O al menos eso me digo.

Camino hacia el final de la clase con Jake y Thomas detrás, donde ya está Ryan sentado al lado de Sophia.

Sophia tiene el pelo rubio oscuro cayéndole en ondas suaves sobre los hombros con una tranquilidad que engaña bastante más de lo que debería. Ryan, a su lado, moreno y con unos ojos verdes demasiado llamativos para pasar desapercibido, la mira como si el resto de la clase no existiera. Y sí, efectivamente estaban liándose hace menos de cinco minutos porque el pelo de Sophia sigue un poco desordenado y Ryan tiene esa cara de no prestar atención a nada más que a ella.

Jake se deja caer en la silla al lado de Ryan.

—Mira, han conseguido separarte de tu novia cinco minutos. Todo un récord.

Ryan le enseña el dedo corazón sin molestarse demasiado.

Sophia rueda los ojos, divertida.

Yo dejo la mochila junto a la mesa y me siento mientras Jake pasa un brazo por mis hombros de golpe.

—Sí, chicas —dice lo bastante alto para que varias personas giren la cabeza—. Mi amigo es el ganador del Pacific Coast Open.

—Qué pesado eres —murmuro, apartándole el brazo.

Pero ya es tarde. Varias personas se giran del todo ahora. Más cuchicheos. Más miradas. Jake sonríe como si acabara de anunciar que he ganado un Grammy.

—No, no, en serio —continúa—. Podéis pedir autógrafos luego. En orden, por favor.

Ryan suelta una risa.

—Te juro que un día alguien va a pegarte.

Jake señala a Thomas.

—Ese comentario viniendo del grupo de los violentos me parece fuerte.

Thomas ni se inmuta.

—Y aun así tendría razón.

Sophia se ríe bajito mientras el profesor golpea la mesa con un bolígrafo.

—¿Han terminado ya el espectáculo o necesitan cinco minutos más?

Jake levanta una mano.

—Yo podría seguir.

—Lo sé. Ese es el problema.

Las risas vuelven a recorrer la clase y yo apoyo la espalda en la silla, dejando escapar aire por la nariz.

Primer día.

PRIMER DÍA

☆ *Vega* ☆

El día pasa lento.

Demasiado lento.

Las cinco primeras horas antes de comer se hacen eternas, como si el reloj estuviera funcionando a otra velocidad distinta a la del resto del mundo. Clases que no acaban nunca, profesores hablando más de lo necesario, apuntes que ni siquiera sé si voy a volver a mirar.

Miro la hora más veces de las que debería.

Y siempre falta demasiado.

Cuando por fin llega el descanso, el cuerpo lo nota. Como si alguien aflojara algo por dentro. No es que todo mejore, pero al menos cambia.

Nos sentamos las tres juntas, como siempre.

Como si no hubiera pasado el verano por medio.

Sienna habla la mitad del tiempo. Maya la otra mitad. Yo voy entrando y saliendo de la conversación, más tranquila, escuchando y riéndome.

—Te juro que no la aguanto —dice Maya, apoyando los codos en la mesa—. Es que no puedo con Olivia.

Sienna levanta una ceja.

—¿Pero por qué? Si ni siquiera es oficialmente tu cuñada.

—Peor —responde Maya—. Porque actúa como si lo fuera.

—¿En plan? —pregunto mientras me pincho un trozo de carne con el tenedor.

Maya hace una mueca.

—En plan que viene a casa como si fuera suya. El otro día abrió la nevera y se comió un trozo de mi pastel de chocolate sin preguntar.

Sienna se queda en silencio un segundo.

—Uf... eso duele.

—Y se sienta en *mi* sitio —añade Maya, señalándose—. En la mesa. Mi sitio de siempre.

—No —dice Sienna, llevándose la mano al pecho exagerando—. Eso ya es personal.

No puedo evitar reírme.

—¡Enserio! —dice Maya al ver que nos lo tomamos más en coña que de verdad—. Y luego va de maja conmigo, como si no estuviera ocupando espacio que no le corresponde.

Sienna se inclina un poco hacia delante, bajando la voz como si fuera a decir algo importante.

—Dicen que es una puta de cuidado.

Me atraganto un poco con la risa.

—Sienna... —digo, negando con la cabeza.

—¿Qué? —responde ella—. Yo solo transmito información.

Maya suelta una risa corta.

—Pues transmite más.

—Estoy en ello —dice, encogiéndose de hombros.

Y por un momento... todo se siente fácil.

Normal.

Como si nada hubiera cambiado.

Pero dura poco.

Porque las dos últimas horas llegan igual de pesadas.

Matemáticas.

E Historia.

Mi cerebro se apaga a mitad de la explicación de las fracciones y ya no vuelve. Copio cosas sin procesarlas, subrayo sin leer, miro por la ventana más de lo que debería.

Solo ha pasado un día.

Uno.

Y ya quiero que sea verano otra vez.

El sonido del timbre de las cinco de la tarde corta el aire como un alivio físico.

De verdad.

Casi se siente en el pecho.

Algunos empiezan a recoger antes incluso de que termine de sonar, pero el profesor levanta la mano sin mirar a nadie en concreto.

—Esperad un momento.

Silencio a medias.

—Para el miércoles —continúa, ajustándose las gafas— quiero hechos los ejercicios del cinco al siete. Y pasaré a revisar.

Un suspiro colectivo recorre la clase.

Delante de mí, Sienna deja caer la silla hacia atrás hasta apoyarla contra mi mesa con un golpe suave. Luego tira la cabeza hacia atrás exageradamente, hasta dejarla descansando sobre mi escritorio, mirándonos del revés desde ahí.

—Pero si es el primer día... —murmura dramáticamente, lo bastante alto para que Maya y yo la escuchemos.

No puedo evitar resoplar una risa.

Me inclino un poco hacia delante y le cojo la cara entre las manos, aplastándole ligeramente las mejillas.

—No empieces... —le digo por lo bajo.

Sienna me mira desde esa posición imposible, boca abajo prácticamente, con una expresión de absoluta indignación.

—Voy a empezar —responde con una sonrisa grande dibujada en la cara.

Y justo después se impulsa hacia delante otra vez, habiendo volver la silla a su posición normal.

Maya se ríe.

—Hazlo.

Sienna levanta la mano sin pensarlo dos veces.

El profesor la mira.

—¿Sí, señorita Taylor?

—Con todo el respeto —empieza ella, con ese tono suyo que ya es peligroso de por sí—, poner deberes el primer día es un poco innecesario.

Silencio.

Alguien se ríe a lo lejos.

El profesor entrecierra los ojos.

—Es material básico del año pasado. Nada nuevo.

—Ya —dice Sienna—, pero venimos de tres meses sin tocar un libro. Nuestro cerebro necesita una adaptación progresiva.

No puedo.

Bajo la cabeza para que no se me note la risa.

—Precisamente por eso —responde él—. Para retomar el ritmo.

Sienna no se rinde.

Por supuesto que no.

—Pero si empezamos ya con deberes, el impacto es más brusco —insiste—. Puede ser contraproducente a nivel académico.

Maya se gira un poco hacia mí.

—Se lo está currando, eh...

Asiento, intentando no reírme.

—Mucho.

El profesor suspira.

—Señorita Taylor...

—Además —continúa ella, sin dejarle terminar—, hoy ya hemos tenido siete horas de clase. La productividad ahora mismo no va a ser la misma que, por ejemplo, mañana.

Silencio otra vez.

Más gente escuchando ahora.

—Y si lo que quiere es que aprendamos de verdad —añade—, quizá sería más efectivo empezar con energía... no saturados.

Pausa.

Larga.

El profesor la mira.

Sienna le devuelve la mirada.

Sin moverse.

Y contra todo pronóstico...

—De acuerdo —dice él al final—. Lo dejamos para el jueves.

La clase reacciona al instante.

Risas.

Algún “vamos” por lo bajo.

Sienna se gira en la silla, apoyando el brazo en mi mesa con una sonrisa de victoria.

—De nada, clase.

A su lado, un chico pelinegro que creo que se llama Oliver, la mira de reajo.

—No te flipes.

Sienna arquea una ceja.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Que tampoco es para tanto —dice él—. Iba a quitar los deberes igual.

Sienna se inclina un poco hacia él.

—Claro —responde—. Y justo coincide con que hablo yo.

Maya suelta una risa.

—Qué casualidad.

—Gracias a mí no tenéis deberes —continúa Sienna—. Así que un poco de respeto.

El chico resopla, pero sonrío.

—Estás fatal.

—Y tú sin deberes —remata ella.

No puedo evitarlo. Me río al igual que Maya que tampoco puede contener la risa. Y por un segundo más... todo vuelve a sentirse ligero.

El profesor empieza a recoger sus cosas y eso es la señal.

Sillas que se mueven. Mochilas que se abren. Papeles que desaparecen dentro de carpetas a toda prisa.

Yo cierro la libreta sin releer nada de lo que he escrito y cojo el estuche. Maya hace lo mismo a mi lado. Sienna ya está de pie antes que nadie.

—Venga, vámonos antes de que se arrepienta —dice, refiriéndose a los deberes.

Salimos de la clase entre el resto de la gente, mezclándonos en ese flujo constante de alumnos que llenan el pasillo otra vez.

El ruido vuelve.

Pero ya no pesa tanto.

—Oye —dice Sienna mientras caminamos—. ¿Plan esta tarde?

Maya y yo la miramos.

—¿Alguna idea en concreto? —pregunto.

Sienna sonríe, como si ya lo tuviera todo pensado.

—Playa.

Silencio de medio segundo.

—Sí —respondo al instante—. Yo me apunto.

—¿Maya? —continúa Sienna girando hacia ella.

—Obvio —dice—. Primer día sobrevivido, hay que celebrarlo.

Sienna sonríe satisfecha.

—Perfecto —dice ella más contenta que de lo normal—. Perfecto.

Maya la observa un segundo, entrecerrando los ojos.

—Tú no quieres ir *a la playa*.

Sienna frunce el ceño.

—¿Cómo que no?

—Quieres ir porque están los chicos haciendo surf.

Pausa.

Sienna la mira.

—Para nada.

La observo un segundo desde mi sitio y tengo que contener una ligera sonrisa.

Una de las pocas cosas que se le dan realmente mal a Sienna es mentir. Y no porque se ponga nerviosa o porque tartamudee. Al contrario. El problema es que intenta parecer demasiado despreocupada. Demasiado inocente. Como si el exceso de naturalidad no la delatara todavía más.

La conozco lo suficiente como para notar esos pequeños detalles. La forma en la que evita mirarnos directamente cuando dice algo que no es verdad. Cómo aprieta apenas la boca para no sonreír. Cómo responde demasiado rápido, como si quisiera cerrar el tema antes de tiempo.

Y ahora mismo está haciendo exactamente eso.

Maya sonríe.

—Claro, claro.

Seguimos andando entre la gente, acercándonos ya a la zona de taquillas.

—Ah —dice Maya de repente—. ¿Sabéis quién va a estar seguramente?

Sienna gira un poco la cabeza hacia ella.

—¿Quién?

—Leo Koch.

La tres sabemos perfectamente quién es. Es imposible no saberlo. No al menos en este instituto.

Maya sonrío un poco al ver mi cara. Y entonces entrecierra los ojos de golpe.

—Espera... ¿Vega Smith te has sonrojado?

La miro inmediatamente.

—¿Qué? No.

—Sí —dice ella riéndose—. Sí que lo has hecho.

Sienna gira la cabeza hacia mí justo a tiempo para analizarme como si fuera una experta forense.

—Vale, sí —dictamina—. Definitivamente te has sonrojado.

—No me he sonrojado —repito, aunque ya noto el calor subiéndome por la cara y eso no ayuda absolutamente nada.

Maya empieza a reírse más.

—Dios mío, Vega...

—Callaos las dos.

Sienna se encoge de hombros con total tranquilidad.

—Tía, no te preocupes. Es completamente normal. está buenísimo.

—Sienna.

—¿Qué? —dice inocentemente—. Estoy siendo objetiva.

Maya asiente enseguida.

—Muy objetiva.

Les lanzo una mirada cansada mientras seguimos caminando entre la gente.

—Además —continúa Sienna, claramente disfrutando demasiado de esto—, literalmente parece diseñado en laboratorio. No es culpa tuya tener esta reacción.

—Te juro que sois insufribles.

Maya se engancha a mi brazo sonriendo.

—Pero nos quieres igual.

Resoplo una risa pequeña, aunque intento mantener la dignidad que me queda.

—Un poco menos ahora mismo.